

IGNACIO ARELLANO /

## LA PICARESCA MENOR: UN ITINERARIO COMPLEJO

Aunque siempre surge la discusión en torno a la calificación de «menor» cuando se aplica a un autor o género (buen ejemplo es el del teatro «menor» del Siglo de Oro), donde verdaderamente se plantean los problemas en el terreno acotado para este monográfico, es en la condición *picaresca* (o no picaresca, parapicaresca, seudopicaresca, etc.) atañedora a una nómina de obras de diversa categoría estética, desde los grandes «menores», valga la antítesis, (¿y picarescos?) de Espinel o Estebanillo González, hasta los pergeños del *Lazarillo de Manzanares* de Juan Cortés de Tolosa, o el *Periquillo de las gallineras* de Francisco Santos (y otra vez ¿picarescos?). Porque fuera de los tres grandes arquetipos del género, *Lazarillo*, *Guzmán* y *Buscón*, que parecen poco discutidos en su calidad de tales novelas o relatos *picarescos*, el panorama de satélites en los que es dable perseguir rasgos estructurales más o menos modificados o enfrentados (rasgos perceptibles, en cualquier caso, tenidos en cuenta; y esto, como ha señalado agudamente Lázaro Carreter en un memorable trabajo, es esencial) a los modelos es vasto y variopinto, y susceptible de muchas matizaciones. Innumerable es la biografía dedicada a los tres grandes títulos antedichos, y también abunda la relativa a la descripción e interpretación global del género, pero menos es la que se ocupa de los pícaros secundones. No hace al caso recordar aquí estudios principalísimos como los de Bataillon, Parker, Molho, Lázaro Carreter, Rico, García de la Concha o Maravall, que están en las mentes de todos (1). Pero en mi opinión, las valoraciones de estos que venimos llamando «menores» deberán continuarse sobre más minuciosos exámenes de las obras, necesitadas en muchos casos de lo más elemental, es decir, de una edición fiable, anotada críticamente, que pueda servir de punto de partida para análisis específicos más demorados. La confusa situación aneja a la crítica sobre este campo tiene una explicación no desdeñable en las mismas características del objeto, que consiste en muchos casos en un relato que muestra un avanzadísimo estadio de desintegración en el camino hacia las estructuras (ausencia de estructura más bien) misceláneas, en donde la distinción de los elementos picarescos ocasionales no puede, en rigor, justificar su inclusión en el género. Recuérdese en este sentido que en uno u otro momento, diversos estudiosos han metido en la picaresca, con muy discutibles criterios, libros como *El viaje entretenido* de Rojas Villandrando, las *Cartas del caballero de la tenaza* quevedianas, el *Día de fiesta por la mañana* y *Día de fiesta por la tarde* de Zabaleta, o el *Menandro* de Matías de los Reyes... Aquellos ejemplares relatos de Castillo Solórzano, v.g., que intentan en cierta medida asimilarse a los moldes picarescos muestran bien el a veces confuso hibridismo de fórmulas en el marco de lo que se suele denominar «novela cortesana», como es realmente el *Menandro* que acabo de mencionar, o en menor grado, el *Lazarillo de Manzanares* comentado por el profesor Zugasti en estas páginas. Así pues, el asedio cada vez más estrecho a la picaresca menor, es necesario, y podrá ofrecer marcos de referencia mejor delimitados. En este

camino se está avanzando últimamente, me parece, con bastante eficacia. Los trabajos reunidos en este monográfico dan noticia de algunos de estos acercamientos, ya hechos o en curso, aunque como es natural, no puedan ocuparse más que de unas pocas obras y haya que dejar para otra ocasión los estados de la cuestión relativos a Estebanillos, Obregones, Trapazas, Guadañas y Proteos de Madrid.

Con todo, los datos parciales aquí reunidos, me parecen sintomáticos de una creciente actividad. En los últimos años muchas de estas novelas y autores se han beneficiado de ediciones y estudios de valor: tesis (algunas ya asequibles, otras, esperamos, lo serán en

breve plazo) como las de E. Moratilla sobre el *Guitón Honofre* y M. Zugasti sobre el *Lazarillo de Manzanares* dirigidas por el doctor García de la Concha y presentadas en la Universidad de Salamanca en 1987, o libros como los de Magdalena Velasco (*La novela cortesana y picaresca de Castillo Solórzano*, Valladolid, Institución Cultural Simancas, 1983) y J. M. Oltra (*La parodia como referente en la Pícaro Justina*, León, Instituto Fray Bernardino de Sahagún, Diputación, 1985) están revelando aspectos importantes. Aparecen con cierta regularidad ediciones establecidas con rigor crítico (algunos ejemplos recientes son las ediciones de *Las harpías en Madrid* de Castillo Solórzano, por Pablo Jauralde, Madrid, Castalia, 1985; del mismo autor las *Aventuras del bachiller Trapaza*, por Jacques Joset, Madrid, Cátedra,

1986; la de la *Segunda parte del Lazarillo*, anónima y de Juan de Luna, por Pedro M. Piñero, Madrid, Cátedra, 1988; Cid y Carreira preparan una nueva edición del *Estebanillo* —ya hicieron una excelente en Madrid, Narcea, 1971—; Rey Hazas, a quien se debía una buena edición de *La pícaro Justina* —Madrid, Editora Nacional, 1977—, ha publicado también en la colección Clásicos Plaza & Janés *La hija de Celestina* de Salas Barbadillo y *Teresa de Manzanares* de Castillo Solórzano; cierto éxito editorial conoce en los últimos tiempos *La hija de Celestina*, también editada por J. Fradejas Lebrero, Madrid, Instituto de Estudios madrileños, 1983, y J. Costa Ferrandis, Lérida, Instituto de Estudios Ilerdenses, 1985; las tesis citadas de Moratilla y Zugasti son ediciones críticas del *Guitón* y *Lazarillo de Manzanares*) que sin duda desempeñarán un papel decisivo en muchas valoraciones o revalorizaciones. La atención reclamada por Quevedo, Mateo Alemán y el anónimo autor del *Lazarillo* no merma, claro es, y con toda justicia. Pero el desnivel que tradicionalmente se evidenciaba con la atención prestada a los pícaros de segunda (o tercera, etc.) fila parece disminuir algo. Quizá la picaresca menor pueda aclarar sus límites, y en todo caso, bastantes de estos libros, no carentes de interés (sean a la postre picarescos o no, el discreto lector juzgará) podrán presentarse al público en mejores condiciones para ser juzgados, aunque no pierdan del todo el temor a la inevitable confrontación con sus hermanos mayores, Lázaro, Guzmán y don Pablos.

I. A.—UNIVERSIDAD DE NAVARRA



Capitular de la primera página del *Buscón*, Biblioteca Nacional, Madrid.

(1) BATAILLON: *Le roman picaresque*, París, 1931; *Novedad y fecundidad del Lazarillo de Tormes*, Salamanca, 1968; *Pícaros y picaresca*, Madrid, 1969. PARKER: *Los pícaros en la literatura*, Madrid, 1971 (original en inglés de 1967, y libro que hay que leer junto con las «Glosas críticas» que le dedicó Lázaro). MOLHO: *Introducción al pensamiento picaresco*, Salamanca, 1972. LÁZARO CARRETER: *Lazarillo de Tormes en la picaresca*, Barcelona, 1972 (recoge estudios básicos anteriores). RICO: *La novela picaresca y el punto de vista*, Barcelona, varias ediciones; *Problemas del Lazarillo*, Madrid, 1987 (recoge varios trabajos anteriores). GARCÍA DE LA CONCHA: *Nueva lectura del Lazarillo*, Madrid, 1981. MARAVALL: *La literatura picaresca desde la historia social*, Madrid, 1986. RICAPITO en su *Bibliografía razonada y comentada de las obras maestras de la novela picaresca*, Madrid, 1980, y B. MORROS en el apéndice bibliográfico a la edición de Rico del *Lazarillo*, Madrid, Cátedra, 1987, recogen un buen número de estudios que aunque no vayan dedicados a la picaresca menor sirven para su asedio. J. L. LAURENTI ha publicado varias bibliografías de literatura picaresca (p. e. Nueva York, 1981) y prepara un *Catálogo bibliográfico* que saldrá en la editorial Reichenberger, Kassel.